



UN DESTINO CON
NOMBRE PROPIO

Samuel Núñez Cobos

UN DESTINO CON
NOMBRE PROPIO



Primera edición: noviembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Samuel Núñez Cobos

ISBN: 978-84-19595-08-9

ISBN digital: 978-84-19595-09-6

Depósito legal: M-27262-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Le dedico esta novela a quien me hace sonreír al pensar en ella,
a quien me lee sin conocerme, a quien le intriga el misterio de lo humano,
a quien no se rinde ante la facilidad del egoísmo, a quien me quiere y se deja
querer por mí y sobre todo a quien odia, pues es quien más lo necesita.*

*Un especial agradecimiento al alma de la novela y para las grandes
personas de mi vida, las cuales saben quiénes son.*

Te quiero Dani, os quiero.

ECHANDO LA VISTA ATRÁS

Recuerdo como si fuese ayer el día que vi a través de mi ventana el camión de mudanzas que transportaba una casa entera en busca de una nueva vida. Lo que no sabía por aquel entonces es que con ese camión también cambiaría la mía. Creo que tenía 14 años, no me acuerdo bien, pero lo que sí recuerdo fue el sentimiento que me invadió y no pude reconocer. Hasta ese momento mi vida había sido lineal, plana, típica, aunque yo no era consciente. Era un niño feliz, con unos padres normales y estaba en el que para mí era el mejor barrio del mundo. Ah, y con el mejor amigo que nadie ha tenido nunca, eso lo reafirmo después de tantos años, aunque por su culpa no pueda casi moverme.

El camión de mudanzas transportaba muebles, cajas, cajas y más cajas, lo normal, vaya. Yo miraba indiferente cómo aquellos hombres descargaban el camión, cuando de repente, Tomás, mi amigo y vecino desde que tengo recuerdos de la vida, corría en dirección al camión y ofrecía su ayuda a aquellos trabajadores. Tomás es así.

En mi barrio se dice que hay que ser bueno pero no tonto. Con Tomás esa frase nunca me pareció tener sentido, pues todos lo llamaban el tonto del barrio. No entendía el calificativo que tan injustamente le habían adjudicado. Lo único que me hizo parar a pensar si yo estaba equivocado respecto a Tomás, fue el día que les pregunté a mis padres que por qué no tenía un hermanito como la mayoría de compañeros de clase. Mi madre contestó que a lo mejor un día de estos llegaría, que aún podía ser. Recuerdo su sonrisa.

Luego añadí. Pues me gustaría que fuera como Tomás. La sonrisa de mi madre se convirtió en un silencio incomodo que duró lo que mi padre tardó en decir. Nadie quiere un hijo como Tomás. Y no eran los únicos, lo decían todos: «Pobre chico, qué desgracia, lo que tendrá que aguantar la familia». No entendí el porqué de aquella afirmación, pero, a aquella edad, que lo dijeran mis padres me obligaba a que tuviera en cuenta sus palabras. Desde aquel día y no antes, entendí que Tomás no era como los demás, me topé con una verdad que no había sido capaz de ver a lo largo de mi corta existencia. No digo con esto que esté de acuerdo con los calificativos que ha recibido a lo largo de su vida, retrasado, mongolo, tonto, subnormal, etc. Me cuesta escribirlo y me duele recordarlo. Es cierto que es diferente a todos, no es que sea bueno, es que es necesario. El caso es que allí estaba él bajando cajas del camión mientras los vecinos cuchicheaban en la comodidad de sus casas, sin arrimar el hombro, vaya. A lo que iba, que no era el momento de hablar de Tomás, pero es que no puedo evitarlo. Aquel camión cambió mi vida para siempre, no el camión en sí, claro está, el camión era el prelude de lo que vendría. Y lo que vino fue la niña más guapa que he visto nunca y que jamás veré, Laura. No sabía cómo era, de dónde venía, qué le gustaba, qué edad tenía, ¿era yo era su tipo?, ¿tendría alguna posibilidad con ella? Aparte de su elegante belleza, lo que me hizo saber que aquella niña era especial fue la sonrisa sincera que le regaló a Tomás por su ayuda con la mudanza. No puso caras raras ni se apartó de él como habrían hecho otros, no, paso por su lado, sonrió y se dirigió al bloque D, justo el que queda por encima del nuestro. Ella sabía que estaba siendo observada por todos los niños de la corrala pero se la veía muy segura de sí misma. ¿De dónde vendrá?, ¿cómo se llamará?, ¿a qué colegio irá?, ¿tendrá novio? Bueno, en clase ya había varios que eran novios, el Pocholo y la Toñi, el Chino y la Estefi y ese año hubo muchos más. El caso es que yo pensé que sí tendría novio, no solo por lo guapa que era, sino porque no me quería hacer falsas ilusiones. Me di media vuelta y me tiré de cabeza en la cama con

una sonrisa que no podía eliminar por más que quisiera. Mi madre entró un tiempo después y me vio allí estirado sin hacer nada. Pensó, esta vez sin razón, que me estaba escaqueando de hacer los deberes. ¡Qué equivocada estaba!, ¿deberes?, ¡acabo de conocer a la mujer de mi vida! No se lo dije, lo pensé, porque no sabía si podría entender lo que estaba recorriendo mi cuerpo en aquel instante. Durante la cena no dije ni mu y no sé cuántas vueltas le di a las albóndigas de pollo con tomate que no pude probar. «¡Este niño está en Babia!», dijo mi padre. «Pues si no se las come hoy, se las comerá mañana». «Mañana tampoco tendré hambre», dije sin querer. «Este niño está tonto», contestó mi padre dándome un pescozón que hizo rodar la albóndiga con la que estaba jugando por el mantel dejando un rastro de tomate. Cerré los ojos y al segundo me cayó el segundo pescozón, esta vez de mi madre. «¡Con lo que cuesta sacar las manchas de tomate!», exclamó como si aquello fuera lo más horrible del mundo. Sin cenar y sin hablar pero con el cogote enrojecido me dirigí hacia mi cuarto. Una vez allí, y gracias a un gran invento que se nos ocurrió a Tomás y a mí un día en clase de tecnología, escribí una importantísima pregunta en un papel y la coloqué con una pinza con una luz intermitente (que también habíamos hecho en clase de tecnología) en la cuerda del tendedero. Era un sistema sencillo. Añadiendo otra cuerda a los salientes de hierro del tendedero que utilizaban nuestras madres, nos habíamos fabricado un sistema de mensajería estupendo. Yo colocaba el mensaje y movía la cuerda hasta que la pinza de luz llegaba a la ventana de Tomás que estaba contigua a la mía. En cuanto veíamos la luz sabíamos que había un mensaje nuevo, leíamos el papel y nos contestábamos de igual manera, moviendo la cuerda de un lado hacia el otro. Podíamos estar escribiéndonos mensajes días enteros, aquel invento nos hizo más ameno el ser hijos únicos. Mi pregunta fue clara: «¿Cómo se llama?».

Tomás tardó varios minutos que a mí se me hicieron eternos, pero al final contestó. Cogí la pinza lo más rápido que pude pero tanta prisa no resolvió mis dudas.

«¿Quién?», puso Tomás en el papel. ¿Cómo que quién, quién va a ser, es que hay alguien más? En la misma hoja de papel le puse: ¡la niña nueva, la de la mudanza! Y rápidamente se lo mandé por la cuerda. Otra vez volvió a tardar más de lo que tenía que tardar para lo inquieto que estaba. Volví a coger la pinza y para mi sorpresa ponía: «Espera».

¿Qué tenía que esperar? Viendo que la mensajería de ese día iba lenta comencé a gritarle por la ventana: «¡Tomás! ¡Tomás! Asómate, anda, es importante». Pero nada. «¡Tomás!, ¿qué haces?, ¿me estás tomando el pelo?, ¡contesta!». En ese momento entró mi madre al cuarto asustándose al verme con medio cuerpo asomando por la ventana, y sentí la sobrenatural fuerza materna tirar de mi hacia atrás.

—¿Estás tonto o qué te pasa? —dijo mi madre con la cara descompuesta—. No gano para disgustos contigo. ¿Qué haces pegando esas voces? Llevo un rato llamándote, está Tomás en la puerta.

—¿Tomás?

Sin más que decir esquivé a mi madre y corrí hacia la puerta de entrada. Al llegar vi que estaba entreabierta y Tomás asomaba parte de la cara por la apertura. Cuando abrí la puerta del todo, un acto reflejo hizo que la volviera a cerrar de inmediato. Es ella, es ella. ¿Pero qué hace aquí?, ¿por qué viene Tomás con ella?, ¿y ahora qué hago?, ¿por qué he cerrado la puerta? Va a pensar que me gusta o que soy tonto. Vaya lío en el que me acaba de meter Tomás, ¿qué hago?

Aquella niña tenía algo más que una cara bonita con la que soñar el resto de mi vida, sus ojos eran los más bonitos que había visto nunca, tan bonitos que me pregunté si vería las cosas igual que el resto, no podía ser ¡seguro que las ve más bonitas! Con la espalda apoyada contra la puerta en el interior de casa, un calor me fue recorriendo todo el cuerpo mientras las preguntas no recibían respuesta. ¿Pero qué me pasa? Suspiré con fuerza un par de veces y me giré decidido a afrontar la situación. Abrí la puerta.

—¿Qué hace? —preguntó Tomas.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté sin atreverme a mirar a aquella niña cuya belleza me tenía atontado.

—Mas *preguntao* por el tendadero el nombre de la nueva —mi cara debía que ser un poema, para Tomás aquello no tenía por qué quedar entre nosotros—. Se llama Laura y ha *venío* a casa a *gradecerme* que ayudara a descargar *er* camión. Mira, *ma dao* una *borsa* llena de chuches.

Tomás me acercó la bolsa para que cogiera, pero no me pareció buena idea soltarme de la puerta para que Laura se percatara de mis incomprensibles temblores. Mi mirada estaba fija en Tomás, de vez en cuando hacía un movimiento rápido del ojo para mirar a Laura, pero no aguantaba más de medio segundo. Un calor me subía desde el estómago y sentía la cara arder, seguro que estaba más rojo que el tomate de las albóndigas. Pero ¿qué me pasa?

—Hola, me llamo Laura —mis temblores se intensificaron aun estando apoyado en la puerta—. Estamos en el bloque D, creo que mi habitación da a la tuya —cómo puede alguien hablar tan dulcemente—. Tomás me ha dicho que eres su mejor amigo, y claro, como soy nueva en el barrio no conozco a nadie —al final va a resultar que Tomás es el más listo de todos—. ¡Oye!, ¡que te estoy hablando!

La subida del tono de aquel ángel me hizo reaccionar de la manera más tonta posible, volviendo a cerrar la puerta. ¿Pero que me está pasando?, ¿por qué cierro la puerta?, ¡seré idiota! Con mucho cuidado quité la tapa de la mirilla sin hacer ruido para que no supieran que seguía allí detrás y vi como los dos subían los escalones hacia el ascensor. Mientras lo esperaban oí a Laura decir: «Tu amigo es un poco raro, ¿no?». Al oír lo evidente tras mi comportamiento, cerré los ojos, volví a apoyar la espalda en la puerta y me dejé caer hasta sentarme en el suelo. Tras unos minutos con mi mente paralizada, giré mi cabeza hacia el espejo de la entrada y vi que llevaba puesto mi pijama de Batman. «¡Lo que faltaba!», pensé cerrando los ojos y sintiendo que mis posibilidades se acababan de esfumar.

De camino a mi cuarto oí que mi padre decía: «¡Este niño es tonto!». Pero no le hice caso, él no sabía por lo que estaba pasando. La niña más guapa que nunca he visto piensa que soy un niño raro, eso es lo peor que le puede pasar a nadie. Me senté en mi cama sin saber cómo solucionar aquel desastre cuando de repente se me ocurrió una brillante idea. ¡Música! Eso es. Ha dicho que su pared da con la mía, si pongo una música que le guste no pensará que soy tan raro, ¿pero cuál? Esto es muy importante, no puedo poner cualquier cosa. Pegué la oreja a la pared atento a cualquier sonido cuando una imagen me vino a la cabeza. Un momento, llevaba una camiseta del grupo ese tan famoso que ahora está tan de moda, creo habérsela visto de reojo. ¿Cómo se llaman? Base, o Troy Base, no me acuerdo. Mientras pensaba fui corriendo a la cocina en busca de mamá.

—Mamá, ¿cómo se llama el grupo ese tan famoso que escucha la prima Elena? Que no se pierda ninguno de sus conciertos, ¿sabes cuál te digo? —pregunté a mi madre mientras le tiraba de la bata.

—¿El grupo ese que dices tú que son gays y que cantan por ordenador? —me preguntó mi madre sin dejar de lavar los platos.

—¡Ese, ese! ¿Te acuerdas cómo se llaman? Es muy, muy importante.

—Pues a ver, creo que se llaman... —pensó haciendo muecas con la boca— Tris Boys, eso es, Tris Boys.

—¡Sí!, es verdad. ¡Gracias, mamá! —le di un beso en la mejilla transformando las muecas de su boca en una enorme sonrisa.

Volví a mi cuarto a escribir en un papel el nombre del grupo. «A lo mejor Tomás tiene alguna cinta suya», pensé. Coloqué el papel en la cuerda del tendedero y puse la pinza de luz intermitente. Deslicé el papel rápidamente hasta la ventana de Tomás y esta vez sí salió como un rayo a recoger la nota. La leyó asomado a la ventana y su mirada de asco me dio la respuesta que luego recogí en la cuerda. «¡Qué dice, yo no tengo eso!». Pues vaya, pensé. Aunque me alegré de que Tomás no escuchara eso me habría venido muy bien

en aquellos momentos. Sin más ideas para demostrar que no era un bicho raro me tumbé en la cama. Miré al techo viendo la cara de Laura mientras una sensación placentera mantenía una sonrisa involuntaria en mi cara. ¿Qué me está pasando?, esta sensación que me recorre es muy rara, pero la verdad es que nunca he estado tan contento. Fui notando cómo mi corazón desaceleraba su paso lentamente al tiempo que me imaginaba acariciando el hermoso pelo de Laura. Era una sensación tan agradable que sonriendo me quedé dormido.

A la mañana siguiente desperté igual que me acosté, sonriendo y lo primero que hice fue colocar la oreja en la pared. Tras varios minutos sin oír nada, mi madre pegó una voz que me hizo apartarme por la vibración de la pared. «¡El desayuno, ya no te aviso más!». Me vestí con la ropa que tenía más parecida a la de los integrantes de los Tris Boys y me fui a desayunar. Por el pasillo me crucé con mi padre que venía de trabajar, siempre ha trabajado de noche porque dice que se cobra un poco más por hacer el mismo trabajo. Me miró de arriba abajo y me soltó un pescozón. «De qué te has vestido, pareces un fantoche». Agaché la cabeza y le pedí que me dejara, que iba a la moda. «¿Moda? ¡Un pico y una pala es lo que te espera como no te dejes de gilipollices!». Cabizbajo me senté en la mesa de la cocina para desayunar mientras mi madre me miraba sorprendida.

—Pues estás muy bien, no le hagas caso a tu padre que viene cansado del trabajo. Yo te veo *moerno*, solo te falta un poco de *gumina* en el pelo.

Y allá que fue a por la gomina al cuarto de baño. Yo mientras tanto me comía las albóndigas con tomate de la cena con mucho cuidado, esta vez sí, para no mancharme la ropa. Volvió mi madre y me vació el bote entero de gomina, se me quedó el pelo como una piedra. Comenzó a sonar el interfono y sin contestar comencé a bajar las escaleras de dos en dos. Todas las mañanas me esperaba Tomás en el quiosquillo de la ONCE que había en el lateral de nuestro bloque. Salía, tocaba el interfono de casa a modo de señal

y se iba de inmediato a ayudar a Alonso, el ciego, a abrir el quiosquillo. Casualidades de la vida, al salir del portal me encontré con Encarna, una compañera de clase a la que nunca había visto por la corrala.

—Buenos días, Encarna. ¿Qué haces por aquí? —pregunté sin pararme.

—¿Qué te pasa en el pelo? —preguntó claramente sorprendida.

—Nada, nada. Voy tarde, nos vemos en clase —le dije dejándola con la palabra en la boca.

Tomás esperaba quieto al lado del quiosquillo bebiéndose un zumo de esos que traen pajita, me sonrió como solo él sabe hacer y me abrazó como cada mañana.

—Tiene el pelo raro —me dijo frunciendo el ceño.

—Tú qué sabrás, esto es la moda, Tomás. Verás cómo a Laura le gusta —el cristal de espejo de la puerta del bloque reflejaba otra persona. «Vaya cambio he dado desde ayer», pensé tocándome el pelo.

—He *quedao* con Encarna y la prima *pa* subir al cole.

—¿Qué prima? —miré hacia el bloque de Laura y vi que las dos venían cogidas de la mano—. ¡Son primas! —exclamé mirando a Tomás sin entender por qué no me lo había dicho.

Laura caminaba sonriente hacia nosotros con un chándal y una trenza que le descansaba en el hombro. El calor volvió a adueñarse de mi cuerpo y noté cómo la alta temperatura que acababa de alcanzar estaba derritiendo la gomina por mi frente. Cogí la parte trasera de la sudadera de Tomás e intenté limpiarme la frente.

—¡¿Qué hace?! —gritó Tomás apartándose de mí.

Ya estaban a no más de dos metros cuando me paralicé de repente. «Es más guapa que ayer», pensé sin poder moverme. Encarna pasó por nuestro lado tirando de Laura por el codo para que no se detuviera mientras su cara parecía decir: «Es mi prima, solo mía». Las dos caminaban entre risas por delante de nosotros mientras Tomás me contaba la película que había visto la noche anterior con sumo detalle, pero yo solo tenía ojos para el elegante caminar

de Laura. En mitad de la cuesta que da al colegio, Laura comenzó a girarse intermitentemente para mirarnos disimuladamente pero cada vez Encarna la enderezaba con un pequeño tirón. Sin saber por qué, pregunté:

—¿Habéis oído la nueva canción de los Tris Boys? —la vergüenza se apropió de mi cuerpo. ¿En qué estoy pensando?

Laura paró en seco, se giró a cámara lenta con un movimiento elegante de su trenza y dijo:

—Esos no me gustan —sonrió sin que su prima la viera.

«¿Pero si le vi la camiseta?», me pregunté. «¿Me estará tomando el pelo?, ¿o le dará vergüenza que la gente se entere de que le gustan?». Lo importante es que se ha girado y ha sonreído por mucho que se empeñe Encarna en apartarla de nosotros. Mientras yo me preguntaba lo de los Tris Boys vestido como uno de ellos, Tomás gesticulaba contándome la película de anoche hasta tal punto que se escondía detrás de las zarzas y me hacía emboscadas. Si hubiese sido otro día yo también habría estado jugando con él, pero temía hacer el ridículo por primera vez en mi vida aunque no entendía bien el porqué. Llegando al colegio, que estaba en lo alto de un cerro apartado de la ciudad, el ruido de las motos haciendo caballitos por la única carretera que llegaba al colegio me hizo darme cuenta de la estupidez que había cometido al vestirme así. Me iban a llover collejas a granel y como me cruzara con el Pocholo algo peor. El Pocholo era el niño más conflictivo del colegio, tenía 16 años, la moto más chula, fumaba y nadie se atrevía a plantarle cara. Se decía que fue él quien prendió fuego al coche del director por un castigo que según él fue injusto. Era un chaval peculiar, porque aunque tenía a todo el colegio atemorizado, cuando venían chavales de otros barrios a pegarle a alguien él salía en su ayuda fuera quien fuera. Aunque a lo mejor lo hacía porque le gustaban las peleas, no lo sé. El caso es que así no podía entrar al colegio y más después de saber lo imbécil que había sido al pensar que a Laura le gustaría. «Si entro y me pegan», pensé sabiendo que era lo más probable, «Laura va a pensar que soy el tonto del colegio y sabrá que no le conviene

juntarse conmigo». «Tomás, ¿vamos a los futbolines?», pregunté sabiendo la respuesta. «¡Sí!», contestó con su eterna sonrisa. Así que comenzamos a desviarnos hacia las escaleras que bajaban del cerro hacia los recreativos donde nos juntábamos después de clase. Laura se dio cuenta y preguntó:

—¿Dónde vais?

—Vamos a... —empecé a contestar antes de que Tomás se me adelantara.

—A los futbolines —dijo Tomás alegremente mientras yo me tapaba la cara viendo que no tenía remedio.

Era una norma no contar nunca a dónde se iba cuando se hacían pellas porque un rumor en el colegio siempre llegaba a oídos de algún profesor.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó Laura parándose en seco y dejándome a cuadros.

Encarna tiró de su brazo con fuerza obligándola a seguir hacia el colegio.

—¿Tu primer día y ya quieres hacer pellas? ¡Te recuerdo que has llegado en el tercer trimestre! Tira para clase o se lo digo a tu madre —Laura le hizo caso pero antes de encaminarse a la puerta del colegio dijo sonriendo:

—Batman sí me gusta.

Camino de los recreativos tenía que tener una cara de tonto impresionante porque incluso Tomás se reía pícaramente. Mi ropa había dejado de preocuparme, mi pelo engominado era lo de menos, qué me pillaban haciendo pellas, daba igual. Lo que tampoco importaba en ese momento era que Laura dijera que le gustaba Batman, porque claramente había visto mi pijama, no; lo que importaba es que cuando se refería a Batman de quien realmente estaba hablando era de mí.

—Yo soy quien le gusta.

—¿Quiere *decí*...? —preguntó Tomás con un gesto extraño en su cara.

—¿Quiero decir qué, Tomás?

—¿Le gusta a Laura tú? —preguntó caminando a saltitos alegremente.

Sin darme cuenta había puesto voz a lo que iba pensando de camino a los recreativos. Desde que apareció Laura con ese camión de mudanzas soy incapaz de controlar lo que me pasa, y ahora veo que ni si quiera las cosas más básicas como los pensamientos y la voz.

—Tomás, creo que me pasa algo pero no sé qué es.

—¿Qué te pasa, te *cuentras* mal? —dejó de dar saltitos a la vez que ponía cara de preocupación.

—No, no, al contrario, estoy mejor que nunca. No sé si puedo explicártelo porque no sé si tiene nombre —dije mirando a Tomás sonriendo estúpidamente mientras mi cabeza le ponía una trenza y los ojos de Laura.

Llegamos a los recreativos y Tomás se fue directamente a ver al encargado, un hombre llamado Alfonso. Alfonso nunca nos preguntaba por las clases aunque sabía perfectamente que estábamos haciendo pellas, lo único que no permitía era que fumaran los menores de edad en su local, eso le ponía de mala leche. Tomás que se desvivía por los demás, siempre estaba ayudando en todo lo que le pedían aunque luego le llamaran retrasado o mongolo. La verdad es que a él parecía darle igual, al que le jodía realmente era a mí. Alfonso siempre nos dejaba jugar gratis si le ayudábamos a barrer el local y a colgar carteles de propaganda por la ciudad, cosa que hacíamos encantados.

—Me acaban de traer un juego nuevo. Si me ayudáis a recargar las neveras con las bebidas luego os dejo jugar hasta que os hartéis —dijo caminando en dirección al almacén.

Dicho y hecho. No tardamos más de 30 minutos en llenar las neveras, aunque Tomás las llenó como le dio la gana sin ningún tipo de orden, cosa que más tarde nos echaría en cara Alfonso. El juego nuevo era una pasada, podíamos jugar los dos contra la maquina pero a Tomás no le entraba en la cabeza la dinámica del juego, así que no pudimos pasar de la primera pantalla en dos ho-

ras que estuvimos enganchados. Podríamos haber estado pegados a la pantalla todo el día pero pronto se fue todo al traste. El ruido de las motos se detuvo en la puerta de los recreativos anunciando lo que posteriormente pasó. El Pocholo y los suyos entraron mirando a un lado y al otro hasta que encontraron a sus presas, Tomás y yo. Dejaron los cascos encima del mostrador donde estaba Alfonso sin escuchar sus reprimendas y se encaminaron sonrientes hacia nosotros.

—Tomás, sigue jugando, no les hagas caso ni les mires —dije viendo que Tomás los miraba de reojo por encima de mi hombro.

El Pocholo como líder del grupo siempre iba primero. Nos rodearon junto a la máquina recreativa y comenzaron a tocar los botones con sus ojos clavados en nosotros. Cansados de jodernos la partida comenzaron a golpearnos con sus dedos detrás de las orejas, con el mismo gesto con el que se juega a las canicas.

—¿Qué vais de malotes haciendo pellas? —dijo el Mellao, uno de los más tontos de la peña del Pocholo.

—Dejadnos en paz. No estamos haciendo nada malo —contesté sin quitar la mirada del videojuego.

El Pocholo se colocó en el lateral de la máquina y me miró fijamente mientras se encendía un cigarro. Tras varias caladas me miró de arriba a abajo y echándome la ceniza de su cigarrillo en la cabeza, dijo:

—No sabía que hoy era carnaval. ¡Gominas! —exclamó provocando las risas de todos.

Pensé qué excusa podía poner para mi ridículo atuendo pero la verdad es que tenía razón, si hasta yo me hubiese reído de alguien vestido así pero eso no les daba derecho a que me pegaran por ello y me echaran ceniza.

—La ropa me la ha regalado mi abuela —dije lo primero que me pareció que tendría sentido.

Cabizbajo mirando los botones oí como todos reían a carcajada limpia hasta que el Mellao comenzó a burlarse:

—¡Su queridita abuela le ha regalado ropita! ¡Qué mona la abuelita!

Y de repente, vi en el reflejo de la pantalla cómo el Pocholo cargaba la mano y le soltaba una hostia arrancándole el aro de oro que llevaba en la oreja.

—¿Quién eres tú para reírte de la abuela de nadie? ¡Payaso!

—Yo..., yo...

Tengo que reconocer que me alegró ver al Mellao tirado en el suelo en busca de su pendiente aunque no tendría que haberme reído porque después de él fui yo.

—¿Quién te ha dicho que puedes reírte?

Ni la vi venir. Me coloqué las manos en la cara creyendo que aquello calmaría el dolor, pero lo único que conseguí fue notar cómo mi ojo empezaba a hincharse. Tomás movía la cabeza de arriba a abajo como si asintiera mientras su mirada estaba perdida en la pantalla de la recreativa. Era el miedo el que hacía que Tomás se moviera de esa manera tan rara. Estoy seguro que tenía el mismo miedo que yo pero su actitud ante aquella situación fue diferente a lo que yo había visto en otros chavales. No sabría cómo explicarlo pero Tomás parecía no estar en su cuerpo. No sé si fue el ruido de las hostias o el humo del tabaco pero Alfonso había acudido a la escena y la peña del Pocholo se alejaba hacia la puerta insultándolo.

—¿Estáis bien? —preguntó Alfonso antes de verme el ojo—. ¡Joder!, se han pasado esos animales, ven que te ponga un poco de hielo.

Nos sentamos en uno de los sillones que había y Tomás me abrazó sin decir nada mientras yo me sujetaba un trapo con hielo sobre el ojo. «Soy un cobarde», pensé, «me pegan sin motivo y me callo aterrorizado aun sabiendo que tengo razón y encima me tapo la cara como si eso me fuera a servir de algo».

—¡Qué rabia! Soy un puto cobarde —acabé diciendo en voz alta.

Salimos de los recreativos media hora más tarde escondiéndonos entre los coches por si aquellos desgraciados seguían por allí. Como no podíamos presentarnos así en el colegio y menos en casa, decidimos ir al parque de las cañas. Nos sentamos en un banco sin

hablar durante un largo tiempo. Tomás me miró con su eterna sonrisa y aunque lo último que quería en esos momentos era sonreír, logró que lo hiciera levemente. «No creo que haya nadie más positivo en el mundo, es el mejor amigo que nadie puede tener», pensé sintiéndome afortunado. Mientras sonreíamos sin decirnos nada, la peña del Pocholo se había colocado sigilosamente detrás de nosotros. El ruido de las cañas nos hizo girarnos borrando nuestras sonrisas de un plumazo. Saltaron el murete de detrás del banco donde estábamos sentados y de dos patadas nos tiraron al barro. Dos de ellos me inmovilizaron presionándome con sus rodillas. No podía hacer nada, pero se aseguraron de que si pudiera mirar. El Pocholo cogió a Tomás por el cuello, este parecía que intentaba chillar pero le faltaba el aire.

—¿Os pensabais que esto iba a quedar así? Nadie se ríe de nosotros y menos dos tontos como vosotros —dijo mirando a Tomás con una rabia que él no había provocado.

—¡Dejadlo en paz! Él no se ha reído de nadie, he sido yo — conseguí decir antes de que una mano me restregara la cara por el suelo llenándoseme otra vez la boca de barro.

El Pocholo me miró antes de empujar a Tomás hacia el cañizal. Tomás se golpeó con el murete en las rodillas, se desequilibró y cayó en mitad de las cañas entre lamentos.

—Si te juntas con un tonto, vas a acabar como él —se agachó a mi lado y me escupió en la cara.

Riéndose me soltaron y se fueron tranquilamente. Me levanté y corrí hacia el cañizal en busca de Tomás. Estaba agachado intentando quitarse el barro de la ropa. No estaba llorando. Me di cuenta entonces de que aquella no había sido la primera vez que le habían maltratado por ser diferente y aquello me contrajo los músculos del cuerpo y mi mandíbula se apretó fuertemente.

—¿Estás bien, Tomás?, ya se han ido. Ven, que te ayudo a limpiarte.

Ofrecí mi mano a Tomás y se cogió fuerte a ella. Con un impulso logré sacarlo de allí. Aparte del barro, Tomás estaba lleno de

pequeños cortes ensangrentados a causa de las cañas. En vez de quejarse, Tomás se abalanzó sobre mí abrazándome con todas sus fuerzas. No le importaron las heridas ni el barro que lo cubría. Con la manga de su sudadera me limpio el escupitajo y el barro de mi cara. En aquella horrible situación entendí que solo le importaba que yo estuviera bien.

No nos dimos cuenta de la hora que era pero los niños comenzaron a ocupar el parque indicándonos que las clases ya habían acabado. Nos encaminamos hacia nuestra corrala. Cuando llegamos oímos una voz detrás de nosotros.

—¡Ehhh!

No había nadie más, tenía que ser a nosotros. Nos dimos la vuelta. Era Laura. Sin pensar Tomás y yo nos giramos intentando ocultar lo evidente y así no tener que recordar lo sucedido sabiendo que Laura nos preguntaría. Mientras se acercaba, su cara fue cambiando de indiferencia a una seriedad que no le venía nada bien a su hermoso rostro.

—¿Quién ha sido? —preguntó provocando un largo silencio por nuestra parte.

—Es mejor que no te lo digamos —dije viendo que Laura volvería a insistir con su pregunta.

—Bueno..., vuestras razones tendréis. Ahora os vais a venir a mi casa y os voy a curar esas heridas —sus palabras fueron una orden contundente.

Viendo que nosotros no teníamos nada que decir, comenzó a andar y la seguimos intentando que no nos vieran los vecinos, pero claro, en una corrala ni un ninja podría ocultarse. Son seis bloques de cuatro pisos cada uno construidos alrededor de una rotonda de asfalto, un pequeño parque de hormigón en el centro de la rotonda soporta una enorme farola que nunca habíamos visto encenderse, los vecinos más antiguos dicen que una vez se encendió, pero se ha convertido en una leyenda que los más jóvenes no creemos. Lo más bonito que tiene la corrala, a mi parecer, es que cada día cambia de color dependiendo de la ropa que tiendan los vecinos. En el

bloque de Laura, se dice que es donde se vende la droga de medio barrio y Tomás dice que tiene que ser verdad que por eso se llama bloque D, de droga. Pero a mí me parece exactamente igual que el resto y los vecinos que entran y salen no parecen diferentes que el resto de gente del barrio.

Poco se puede decir sobre la casa de Laura en aquellos momentos. Las cajas de la mudanza seguían amontonadas en las esquinas y la mayoría de muebles seguían envueltos con mantas y papel celo. Lo único que estaba medianamente ordenado eran la cocina y su habitación. Una estantería llena de libros ocupaba toda la pared que daba con mi cuarto. «¡Uala! Si tienes más libros que toda la corrala junta», me atreví a afirmar, cosa que le hizo mucha gracia. El resto del cuarto era lo más normal del mundo, un escritorio, una cama hecha (eso no era tan normal), una lamparilla y varios posters colgados en la pared que no sabía que significaban. Laura nos dejó allí mientras fue en busca de cosas para curar nuestras heridas, aunque la verdad es que a mí al menos ya no me dolían, bueno, el ojo un poco, pero por estar en la habitación de Laura la paliza había merecido la pena, pensé ilusionado. Cuando llegó con alcohol y servilletas, seguramente fue lo primero que encontró, Tomás comenzó a decir que ya se encontraba mucho mejor para evitar el escozor que supondría su cura. Poco tiempo llevábamos con Laura pero algo habíamos aprendido ya, que con ella no había discusión posible, lo que ella dice se hace. Yo seguí observando los posters que había por toda la habitación hasta que Laura me contestó sin yo hacer la pregunta.

—Son grupos de música, música holandesa, mi hermano mayor la escucha a todas horas y supongo que se me ha pegado. Coge una de esas cintas que hay en la caja y la escuchas, si quieres vaya. Te advierto que no son los Tris Boys como los llamas tú —estuvo un buen rato riéndose de ese comentario.

Recuerdo perfectamente la cinta que cogí de entre las muchas que había. *Gabber*, ponía con rotulador negro. Me la guardé en el bolsillo y Laura me dijo: «¡De vuelta, eh!». Al girarme hacia Tomás

la risa fue inevitable. Las caras que ponía cuando Laura le pasaba el alcohol por las heridas eran un poema y creo recordar que no repitió ninguna vez la misma. Decidido a observar la escena, la cual no tenía desperdicio, me senté en la silla del escritorio y poco a poco fui dejando de reír a consecuencia de las caras que ponía Tomás y fui viendo el cariño con el que Laura lo trataba. «Esta niña tiene algo diferente», pensé. Normalmente los niños de nuestra edad no tratan bien a Tomás y no digo solo que le peguen como hoy, sino que le dan de lado que es incluso peor. Pero me atrevería a decir que Laura ha visto en Tomás lo mismo que vi yo hace muchos años, un corazón enorme. En realidad solo hay que estar a su lado para saberlo, pero claro, si le huyen...

—Ve a la cocina, creo que hay hielo para tu ojo —dijo Laura empapando una nueva servilleta en alcohol mientras Tomás soplabla rápidamente en todas sus heridas—. ¡Ah!, y trae unas tijeras, porfita.

En la cocina parecía estar todo colocado, pero claro, no era mi casa. El hielo estaba donde está en todas las casas, en el congelador, pero las tijeras no había manera de encontrarlas, un cajón, otro, un armario, otro cajón y nada.

—¡No encuentro las tijeras, Laura! —grité.

—¡Mira en el baño! —gritó—, o en las cajas que ahí dentro.

En el baño estuve más de cinco minutos buscando hasta que me dio por mirar en una caja que había en la puerta del mismo y por fin las vi entre montones de pintalabios y cosas para la cara. Fui otra vez hacia la habitación de Laura y no pude evitar fijarme en la única foto que habían colgado. Era una foto de familia donde salía Laura con seis o siete años, otro chico más mayor que sería su hermano y sus padres al fondo. En el pie de la foto había una placa que ponía: «Siempre te querremos, Marcos». ¿Por qué estará la placa en pasado?, me pregunté camino de la habitación.

—Toma, Laura, las tijeras, por fin las he encontrado.

Le acerqué las tijeras con la mano pero mi mirada se fijó en Tomás, que estaba rojo como un tomate. No paraba de soplar sus

heridas desesperadamente, hasta el punto que parecía que se fuese a desmayar de un momento a otro.

—Tomás, deja de soplar que no será para tanto —dije.

—¡No! ¡Lo que tú diga, hermano!

«¡Hermano!». Esa fue la primera vez que me llamó hermano y desde ese momento no solo nos llamábamos así, sino que lo éramos. Había pedido a mi madre tener un hermanito como Tomás y no me di cuenta que ya lo tenía. Me sentí afortunado entonces y todavía lo estoy, aunque él sea el culpable de que no pueda casi moverme hoy día.

Laura acabó por desesperar a Tomás con tanto alcohol, este se levantó de repente y gritó:

—¡Ya estoy curado!, mira, mira —comenzó a dar saltos por la habitación.

Laura me miró sonriendo, pero a los pocos segundos cambio su expresión y me echó bronca por no llevar el hielo puesto, fue entonces cuando me acordé que lo había dejado derritiéndose en el fregadero liado con un trapo. Al ir de camino a la cocina vi que Laura me seguía, así que me detuve al lado del cuadro de su familia y pregunté:

—¿Esta eres tú?

—Sí, con cinco años.

—¿Estos, tus padres? —pregunté señalándolos y Laura asintiendo con la cabeza—. Y este debe ser tu hermano, ¿no? —Laura agachó la cabeza y hubo un incómodo silencio—. ¿He dicho algo malo?

—No, es solo que...

—¿Qué pasa, Laura?, puedes contármelo —dije cogiéndola suavemente por los hombros.

—Murió el año pasado en un accidente de moto —una lágrima se deslizó suavemente por su mejilla.

—Pero antes...

Laura me interrumpió.

—Sí, lo sé, sigo hablando de él en presente, pero es que...